

Lo 3.º Es cierto que de todas las actas de Pilato que el día de hoy tenemos ninguna hay autógrafa: las que refiere Hegesipo, el falso Marcello, Martín de Polonia (1), Ibo Carnotense (2), Sixto Senense y otros muchos modernos, todas son unas mismas en sustancia, y por otra parte claramente supuestas. Las de los cuartodecimanos que refiere S. Epifanio son muy dudosas, cuando ménos por la data que como se ha visto no era uniforme en los ejemplares, Como S. Epifanio no las refiere, no podemos formar un juicio positivo y cierto. Las actas de Florentino quedan ya refutadas ántes. El falso evangelio de Nicodemus no merece atención alguna, como ni las relaciones que cita, ya sean las de los bolandistas ó las de M. Cotelier, ó las de M. Fabricio.

4.º Si algunas de esas actas son dignas de consideracion, lo son principalmente aquellas de las que Tertuliano refiere un gran fragmento. Pero allí noto muchas cosas que me hacen dudar de su autografía, ó á lo ménos de que sean originales. Por todas partes encuentro el estilo y el carácter de Tertuliano, sus expresiones duras y africanas; por ejemplo: *Cum ille verbo daemonia de hominibus excuteret, caecos reluminaret.... paralyticos restringeret.... Elementa ipsa famularet, compescens, procellas, et freta, ingrediens.... Parum hoc si non et prophetae retro etiam. Tamen sufficiens multa mortis illius propria ostendit insignia.... Nihilominus tamen primores quorum intererat et scelus divulgare, et populum vectigalem et popularem sibi ad fidem revocare, &c.* El que esté un poco versado en la lectura de Tertuliano, reconocerá fácilmente que esas expresiones son suyas, sin hablar de las adiciones que puso en su relacion, que no pueden ser de Pilato; por ejemplo lo que dice del Verbo: *Ostendens sese Verbum Dei, id est logon, illud primordiale primogenitum, virtute et ratione comitalum, et spiritu instructum, eundem qui verbo omnia et faceret et fecisset.* Las actas de Pilato citadas por Tertuliano, traen á la memoria toda la vida y principales milagros de Jesucristo; y esto es muy difícil que Pilato hubiera intentado hacerlo, aun cuando hubiera podido, porque hubiera sido para su confusion y condenacion. Sin embargo, por extensas que sean las actas no encuentro en ellas la circunstancia ponderada por S. Justino Mártir de las vestiduras del Salvador sorteadas ó jugadas á los dados. A mas de eso las de Tertuliano no fueron remitidas sino despues de la ascension del Salvador, ó tambien despues de Pentecostes; y no sé si Pilato esperaria tanto tiempo para informar á Tiberio de ese suceso; ni si podria saber entónces todas las cosas que cuenta, y describirlas tan menudamente, siendo pagano y extranjero.

Lo 5.º Es muy verisímil que la carta de Pilato á Tiberio haya sido demasiado alterada, y que los primeros á quienes se les comunicó por medio de algunos domésticos del emperador, hicieran en ella las mutaciones que creyeron favorables á la religion cristiana: esas alteraciones fueron causa de que esta pieza perdiera despues todo su crédito, y que insensiblemente la despreciaran y olvidaran tanto, que en el tiempo de Eusebio ninguna habia que se tuviera por

(1) Martin. Polon. Chroniq. l. iv. p. 118.—(2) Ivo Carnot. in excerptis Chronol.

cierta y auténtica, ni que fuera digna de trasladarse á la posteridad. Desde ese tiempo cualquiera aventurero podrá haber compuesto la que nosotros tenemos, tal vez con el fin de oponerla á las falsas actas de Pilato publicadas por orden de Maximino.

Si se quieren consultar los autores que han tratado de esta materia, pueden verse á mas de Baronio á M. de Tillemont (1) y á los otros historiadores eclesiásticos, á M. Basnage en sus Ejercitaciones contra Baronio, á Antonio Vandalio, en una Disertacion particular sobre este asunto, impresa al fin de su segunda edicion del tratado de los Oráculos, pieza que no he podido ver y me habria ilustrado mucho, á M. Tanneui Lefevre, lib. II. ep. 12. á Casaubon, Exercit. 16. núm. 154 contra Baronio á Ouveno, lib. II. de Teolog. cap. iv., á Isaac Vosio cap. xi. de Sibyllinis oraculis, á le Moine, Varia sacra, pág. 148; á M. Fabricio, Not. in Acta Pilati pág. 214. et seq. et 972. Cod. Apocryph. Nov. Test.

(1) Tillemont, nota sobre San Pedro, XIX. p. 516.

DISERTACION

SOBRE

LA MUERTE DE SAN JUAN EVANGELISTA.

LA muerte de S. Juan Evangelista siempre ha sido problemática en la Iglesia. Desde los primeros siglos del cristianismo hasta el día de hoy pueden presentarse autores que la hayan negado y otros que la hayan asegurado. Se leen diversas opiniones de los escritores de las Iglesias griega y latina. En el siglo décimoquinto George de Trebizonda (1), dedicó al papa un pequeño tratado, en el que pretende manifestarle que no ha muerto S. Juan, sino que vendrá al fin de los siglos á combatir al Anticristo. Este autor es muy superficial, y pocas son las autoridades de que se vale para apoyar su opinion. Besarion lo atacó, y le costó muy poco el refutarlo. El cardenal Baronio en sus notas sobre el martirologio romano, habla de ese escrito con indiferencia sin nombrar al autor.

Jacobo le Fevre de Etaples (2) en el principio del siglo décimosexto renueva la opinion de George de Trebizonda, y pretende que habria hecho mejor S. Gerónimo en decir que S. Juan Evangelista ha sido trasportado á otra vida, que en afirmar que murió, pues esto no es cierto, y jamas se ha encontrado su sepulcro á donde descendió lleno de santidad y alegría como un hombre que caminaba á la inmortalidad. Creia que habia sido trasportado aun en vida fuera del mundo, como Henoc y Elias, para

(1) Georg. Trepezunt. opusculo quod Joan. evang. nondum sit mortuus. Basil. 31. 45 Ita et pseudo-Hippolytus, et Dorotheus.—(2) Fab. Stapul. Dissert. de una et trib. Meris. fol. 82.

volver el día del juicio, ó por alguna otra causa que nos es desconocida. Finalmente, Florentino (1) en el siglo diez y siete vino al socorro de los defensores de la inmortalidad de S. Juan, y trató la materia con mas solidez y sabiduria. Confiesa que S. Juan murió, pero afirma que resucitó muy poco despues, y que debe venir al fin del mundo á predicar la fe, y morir una segunda vez. M. de Tillemont (2) examinó las pruebas de Florentino, é hizo ver su debilidad. En tiempo de S. Agustin (3) y de S. Gregorio de Tours (4) creian muchos que todavía estaba en su sepulcro, no muerto sino dormido, para no despertar sino hácia el día del juicio. Examinemos estas diversas opiniones, y despues abrazarémos el partido que nos parezca mas probable.

El texto del Evangelio de S. Juan es la primera fuente de donde nacen las diversas opiniones que acabamos de referir (5). El Salvador como á los diez ó doce dias despues de su resurreccion se manifestó á sus discípulos que estaban pescando en el mar de Tiberiades; y despues de haberles hecho obtener una pesca milagrosa, les dió de comer, y comió con ellos en la ribera. Pasado eso preguntó por tres veces á Pedro si lo amaba mas que todos los otros; á lo que respondió este otras tantas veces afirmativamente. Dijo Jeſus entónces: *Cuando eras jóven, te ceñias, é ibas á donde querias; pero cuando seas viejo, otro te ceñirá y te llevará á donde no quieras;* y le añadió: *sigueme.* Pedro lo siguió; y volviendo hácia atras el rostro, vió que tambien venia el discípulo muy amado, y le dijo á Jeſus: *Señor, ¿qué será de este?* Mas el Salvador le respondió: *Si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa? Sigue me.* (En los ejemplares latinos se lee: *Quiero que permanezca asi hasta que yo venga, ¿qué te importa? Sigue me.*) El Evangelio añade: *Corrió pues la voz entre los hermanos de que este discípulo no moriria. Pero Jeſus no dijo que no moriria; sino, si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa?* O, segun los ejemplares latinos: *Asi quiero que permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa?* He aqui el origen de la dificultad que hace el asunto de esta Disertacion.

Los que pretenden que S. Juan no ha muerto se fundan principalmente en estas palabras de Jeſucristo: *Si yo quiero que él permanezca hasta que yo venga ¿qué te importa?* Y entendiéndolas como los discípulos, concluyen que S. Juan no debia morir. La expresion de la Vulgata parece serles todavía mas favorable: *Quiero que permanezca asi hasta que yo venga;* mas pretenden que tengan el mismo sentido las palabras de los ejemplares griegos. George de Trebizonda reunió muchos ejemplos para manifestar que la particula *si* junta con el indicativo no expresa duda, sino al contrario es afirmativa. Cuando se le dice á un hombre: *¿Si yo te amo hablaré mal de tí?* *¿Si yo he leído y estudiado mucho, por qué se me llama ignorante?* *¿Si escribí eso, no lo sabré?* En todos esos ejemplos el *si* no denota duda alguna; á

(1) *Florent. Not. in Martyrol. vetus Hieronym.* p. 123. et seqq. Ita Nicephor. l. i. c. 35.—(2) Tillemont, primer tomo. San Juan Evangelista, art. x. xi. y notas 15, 16, 17, 18.—(3) *Aug. in Joan. tract.* 125.—(4) *Gregor. Turon. de glor. Mart.* l. i. c. 30.—(5) *Joan. xxi. l. et seqq.*

tes bien asegura y confirma lo que se propone. De la misma manera esa expresion: *Si quiero que él permanezca hasta que yo venga,* significa: Yo quiero que ciertamente él permanezca hasta mi venida. Este es el sentido en que la entendieron aquellos á quienes hablaba Jeſucristo; esta la primera impresion que hicieron esas palabras sobre el espíritu de los primeros fieles: *Exiit sermo inter fratres, quod discipulus ille non moritur;* y esta idea tan sencilla y tan natural se presenta tambien el día de hoy al entendimiento de cualquiera que la lee. He aqui lo que dicen los defensores de esta opinion.

Porque pretender, añaden, que Jeſucristo no quiso significar otra cosa sino: *Quiero que permanezca hasta que yo venga á visitarlo por la muerte,* es querer hacerle decir una proposicion sin sentido alguno razonable. ¿Qué prerogativa denotaria eso, ó qué distincion le concederia el Salvador á S. Juan con decirle que no moriria, sino cuando Dios lo visitara por la muerte? ¿Los hombres todos, en ese sentido, no permanecen tambien en el mundo hasta que el Señor venga?

Luego conviene estar al sentido primero, natural y literal de esas palabras. Si hubieran sido ambiguas, las habria explicado S. Juan cuando añadió: *Y el Salvador no dijo que ese discípulo no moriria; sino simplemente: Si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa?* No dijo pues que sus hermanos estaban engañados en creer que él no moriria hasta que el Señor viniera; sino solamente declaró que el Señor no habia dicho eso expresamente. El evangelista S. Juan debia morir, pero solamente al fin del mundo; Jeſucristo no le prometió la inmortalidad, sino una muy larga vida. Mas los discípulos parece que habian entendido las palabras como que prometian una inmortalidad absoluta. *Exiit sermo inter fratres, quod discipulus ille non moritur;* y esto es lo que S. Juan les refutó entónces.

A mas de esto los discípulos hacian decir al Salvador: *Ese discípulo no morirá;* en lugar que solamente dijo: *Si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa?* La cosa es la misma en términos equivalentes, aunque las palabras no eran las mismas; así S. Juan no forma oposicion mas que en las palabras de Jeſucristo y en las de sus hermanos, mas no en la cosa significada. En la substancia ellos habian penetrado bien el pensamiento del Salvador, dice George de Trebizonda; y S. Juan por humildad y por modestia simplemente manifestó que el Señor no habia dicho en términos claros lo que sus hermanos le hacian decir; mas no niega que habia de vivir hasta la venida del Hijo de Dios.

Otro texto hay tambien con el que pretenden autorizarse los que quieren que este apóstol no haya muerto, y es el del Apocalipsis (1): El ángel me presentó un libro, dice S. Juan, y me dijo: *Toma este libro, y cómelo: él te causará amargura en el vientre; pero en tu boca será dulce como la miel. Tomé yo el libro de la mano del ángel, lo comí, y lo encontré en mi boca dulce como la*

(1) *Apoc. x. 9. 10. 11.*

II.
Texto que ha dado lugar a esta disertacion, y del que se pretende autorizarla que sostiene que S. Juan no ha muerto.

III.
Se alegan otras razones para probar que S. Juan no ha muerto.

miel; pero habiéndolo comido me causó amargura en el vientre. Y el ángel me dijo: Conviene que otra vez profeticés ante muchas naciones, pueblos, lenguas y reyes.

Mas, dicen, después del destierro de S. Juan á la isla de Patmos, donde escribió el Apocalipsis, no ha ido á predicar ni á los pueblos ni á los reyes extrangeros, no permitiéndole emprender largos viajes su salud debilitada y su edad avanzada. Luego será al fin del mundo cuando aparecerá de nuevo para anunciar el Evangelio, y dar testimonio á la venida de Jesucristo: y entonces se cumplirá la profecía que nos refiere en el Apocalipsis. Se juntará con Elias y Henoc para sostener la verdad y oponerse al Anticristo.

Parece, añaden, que faltaria alguna cosa en la guerra que el Señor debe hacer á ese enemigo de su Hijo, si no le opusiese mas que á Henoc y á Elias: No basta que haya un profeta de antes de la ley, y otro del tiempo de ella; es menester un tercero que sea del tiempo del Evangelio. Henoc vivió antes del diluvio, y vió á los primeros hombres: Elias apareció bajo la ley, y en tiempo de los reyes de Israel y de Judá. S. Juan vió al Salvador, fué testigo de sus milagros, se reclinó sobre su pecho, fundó iglesias, y escribió el Evangelio y el Apocalipsis. ¡Qué efectos tan considerables deberá hacer la presencia y el testimonio de un apóstol tan grande en tiempos tan fatales!

El Salvador le habia prometido que beberia su cáliz, y que sería bautizado con su mismo bautismo (1), con lo que queria denotarle el martirio que debia sufrir. Sin embargo no leemos que lo haya sufrido, ni que haya pasado por una muerte violenta, como su hermano Santiago, como S. Pedro y los otros apóstoles. ¡Quedó frustrada la promesa de Jesucristo, ó S. Juan no ha sido digno del honor del martirio! Es pues verisímil que esa honra se le reserva, y deberá recibirla en el fin del mundo con Henoc y Elias, que juntos con él confesarán la fe de Jesucristo, y sellarán con su sangre el testimonio que le han de dar. Esperando este tiempo de combates, S. Juan ha sido transportado fuera del mundo á algun lugar incógnito, en donde goza de una anticipada bienaventuranza (2), de una paz y de una dulzura superior con mucho á todo cuanto delicioso ofrece el mundo. Esto es lo que dice George de Trebizonda.

Finalmente si S. Juan hubiera muerto, se nos diria el tiempo, la clase y las circunstancias de su muerte; se mostrarian sus reliquias, y se sabria el lugar de su sepulcro: es así que nada de eso se conoce; luego este santo apóstol vive todavía. Efectivamente, se asegura que viéndose en una edad muy avanzada (3), se hizo abrir un sepulcro, donde entró vivo; y habiéndose despedido de todos sus discípulos, desapareció, y fué trasportado á un lugar desconocido á los hombres; de manera que algun tiempo despues, cuando volvieron sus discípulos á verlo, ya no lo encontraron. Otros (4) quieren que muriera luego que entró en el sepulcro; pero que al ins-

(1) Matth. xx. 22. 23. Marc. x. 38. 39.—(2) Vide Trapezunt. p. 22.—(3) Ephrem. Theopolitanus apud Phot. Cod. 528. p. 797. et 800. Vide Petr. Damiani serm. 64. de S. Joan. Eoang.—(4) Vide Aug. tract. 124. in Joan. et Ho. Graeci hodierni plerique. Vide in pri. mis Abdiam in vita S. Joan. evang. ad finem.

tante siguiente resucitó. Otros por último (1) sostienen, que habiendo entrado vivo en su sepulcro, lo hizo cerrar, y en él permanece sin morir; de manera que allí se le siente respirar: lo cual se manifiesta en que muchos siglos despues de su muerte se veia sobre él una especie de tierra ó de maná, que de allí salia, como si de la parte interior fuera impelida, y no disminuia aunque diariamente se tomaba de ella. Este rumor corria en tiempo de S. Agustin y tambien en el de Gregorio de Tours. Por último, en el siglo octavo pasando por Efeso S. Vilibaldo (2), vió todavia esa tierra y la regó con sus lágrimas. La llevaban á todas partes, y hacia grandes milagros en la curacion de los enfermos. Efrein (3), que era patriarca de Antioquia el año 530, tambien nos habla de un perfume que todo el mundo iba á tomar en el sepulcro de S. Juan, que probablemente no es otra cosa que la tierra de que habla S. Agustin, que S. Gregorio de Tours llama maná, y que dice era como harina. Los Griegos hablan mucho en sus libros eclesiásticos, y dicen que esa tierra salia principalmente el ocho de mayo, en cuya memoria celebran ese día una fiesta particular de S. Juan. En tiempo de Pedro Damiano tambien se decia que del sepulcro del santo brotaba este maná.

A estas pruebas históricas se agrega el testimonio de autores antiguos y modernos, que han creido que San Juan no ha muerto, ó que ya resucitó. San Epifanio (4) dice que Dios, ya sea por un mero efecto de su bondad ó por los ruegos de San Juan, le concedió una muerte admirable y extraordinaria, cuyas particularidades se leian en el libro de las actas de este evangelista (5). Se conviene en que esa obra está corrompida por Lucio; pero se insiste en que es muy antigua, y de ahí infieren ser tambien muy antigua la tradicion que pretende que no ha muerto; porque, así arguyen, el autor de ese escrito no se habria atrevido á publicar un hecho de esa naturaleza, á no haber estado como autorizado por la creencia comun de los fieles. Los autores de romances ordinariamente echan mano de una historia cierta para fundar su relacion, y despues la hermosean y la revisten con circunstancias fabulosas. Esas actas estaban recibidas por los encratitas, hereges del segundo siglo, y por los maniqueos del tiempo de San Agustin (6).

San Hilario (7) se explica sobre este asunto con alguna ambigüedad; pero los que creen que San Juan no ha muerto, pretenden que ese testimonio les es mucho mas favorable que á los contrarios. Oigamos, dice, al apóstol San Juan que permanece hasta la venida del Señor, y que ha quedado bajo el sacramento de la voluntad de Dios, pues no se ha dicho que no morirá, y si que permanecerá. En otra parte comparando á S. Juan con Santiago y San Pedro, dice que estos dos últimos apóstoles deben sufrir el martirio, pero el primero estaba reservado para afirmar el Evangelio: Joanne in praedicationem

(1) Quidam apud D. Aug. in Joan. tract. 124. Vide et Greg. Turon. lib. 1. de gloria Martyr. cap. 30.—(2) Vide vit. S. Vilibald. 2. parte, oculi 3. Bened. n. 5.—(3) Apud Photium. Cod. 229.—(4) Epiphon. haerese. 79.—(5) Aug. in Joan. homil. 124.—(6) Vide Aug. de Fide, c. 38. et in advers. leg. et prophet. c. 20. et de Fide, c. 4.—(7) Hilario. l. vi. de Trinit. n. 39. Loquatur Joannes sic utique ad adventum Domini manens, et sub sacramento divina voluntatis relictus, et deputatus, dum non neque non mori dicitur, et manere.

IV.
Testimonios de antiguos y modernos que han creido que San Juan ó no ha muerto, ó ya resucitó.

Evangelii firmandam (1). San Ambrosio (2) atestigua en dos partes, que habia algunos que no creian que habia muerto, y no prueba esta opinion. En las ediciones antiguas de este padre, y aun en la nueva (3), se pone á San Juan con Henoc y Elias que deben combatir con el Anticristo ántes del último dia. Pero exceptuando un manuscrito de la biblioteca del rey, y las ediciones de Paris, ningunos otros mientan á San Juan, y solamente hablan de Henoc y Elias. Tambien se cita el libro primero de San Ambrosio (4) sobre la muerte de su hermano Satyro; pero de ningun modo favorece esa opinion; simplemente dice, que el Salvador bien podia, si hubiera querido, hacer inmortal á San Juan. Y en otro lugar (5) dice expresamente que aunque al principio se habia sospechado que San Juan no moriría, sin embargo nunca se creyó: *Joanni promissum aestinatum, sed non est creditum.*

Efrem de Antioquia (6) que vivia en el sexto siglo, dice claramente que San Juan no murió, ni morirá hasta el fin del mundo, como Elias y Henoc, para resucitar inmediatamente. San Gregorio de Tours (7) estaba persuadido de que San Juan habia bajado vivo al sepulcro, y que en él permanecia todavia en su tiempo en el mismo estado. San Juan Damasceno (8) juzgaba que era opinion de muchos sabios que este pasage: *Si quiero que él permanezca así hasta que yo venga, ¿que te importa?* debía entenderse como si San Juan no hubiera muerto. Andres, obispo de Cesarea en Capadocia (9) que vivia hacia el año 500, y Aretas, obispo tambien de Cesarea (10) que floreció hacia el año 540, denotan como probable esa opinion. Agrégase á eso el falso Hipólito, el falso Doroteo, Metafrastes, el pretendido Cesario hermano de San Gregorio Nazianceno, Nicéforo (11), Strabo, autor de la Glosa ordinaria, Fulberto Carnotense (12), y Pedro Damiano (13); estos dos últimos creyeron ser propio de la piedad creer y asegurar como probable que resucitó San Juan, así como la Virgen, y que con ella goza de la felicidad del cielo.

San Gregorio Nazianceno (14) llama á este apóstol el precursor de Jesucristo: lo que naturalmente no puede entenderse, sino suponiendo que debe venir á este mundo con Henoc y Elias al fin de los siglos: así es como lo entiende Elias de Creta, comentador de S. Gregorio Nazianceno. San Jerónimo (15) escribiendo contra Joviniano y ensalzando las ventajas de la virginidad, dice que esta no muere, sino que permanece con Jesucristo; y que el sueño de San Juan mas bien era un tránsito que una muerte. Hace alusion á esas palabras de Jesucristo: *Si quiero que el permanezca así hasta que yo venga, ¿que te importa? Ex quo ostenditur virginitatem non mori nec sordes nuptiarum abhi cruce martyrii, sed manere cum Christo; et dormitacionem ejus transitum esse, non mar-*

(1) Hilar. l. x. de Trinit. n. 37.—(2) Ambros. in ps. cxviii. serm. 20, n. 12. et in Luc. l. vii. n. 4.—(3) Ambros. in ps. xlv. n. 10. Nam et bestia illa Antichristiana ex alio so ascendit, ut edoceret Eliam atque Enoch, atque Joananem, qui propter testimonium Domini Jesu terris sunt rediti, praeliatur.—(4) Ambros. l. in obitu fratris sui Satyri, n. 4.—(5) Idem, l. ii. de Fide resurrectionis, n. 49.—(6) Ephem. Antioch. apud Phot. Cod. 229.—(7) Greg. Turon. l. i. de gloria Mart. c. 30.—(8) Damasc. c. serm. de Transfig. Domini, n. 7.—(9) Andr. Cesar. in Apoc. c. 19.—(10) Aretas Cesar. epud Florent. p. 124.—(11) Nicéphor. l. ii. c. 42.—(12) Fulbert. Carnot.—(13) Petr. Damian.—(14) Nazianz. orat. 34.—(15) Hieron. in Jovin. lib. c. 14.

tyrium. Lo mismo se lee en los prefacios que estan en las Biblias antiguas al principio del Evangelio y del Apocalipsis. Cuando esos prefacios no fueran de San Jerónimo, no puede negarse, añaden los defensores, que son muy antiguos, y dignos por lo mismo de una particular consideracion.

Santo Tomas, Alberto el Grande, San Vicente Ferrer, y Santo Tomas de Villanueva escribieron y predicaron que San Juan habia resucitado. Por la misma opinion se citan las revelaciones de Santa Gertrudis y de Santa Brígida. Se termina esta cadena de tradicion por George de Trebizonda y le Fevre de Etaples, quienes estaban persuadidos de que no habia muerto, y por Florentino que creia que habia resucitado.

La Iglesia griega en los últimos siglos adoptó esta opinion, y hace de ella una mencion expresa en su oficio. La latina no se ha declarado sobre esto de una manera tan decidida; pero en algunos martirologios el dia del tránsito de San Juan está denotado bajo el nombre de *asuncion*, que insinúa una resurreccion. En el oficio de su festividad le aplica estas palabras de Jesucristo: *Hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del hombre venir en su reino* (1). Y en las lecciones que saca de San Agustin expresamente omite lo que ese santo refiere de la muerte de San Juan, como juzgándolo contrario á su tradicion. Esto es lo que se dice mas plausible para sostener que San Juan Evangelista no ha muerto, ó á lo ménos que ya resucitó.

La opinion contraria tiene en su favor pruebas y autoridades que en nada ceden á las que acabamos de referir. El texto del Evangelio que es el principal argumento en que se fundan los que defienden que S. Juan no murió, nada prueba, segun la juiciosa advertencia de S. Agustin (2), supuesto que el mismo evangelista refuta la falsa interpretacion que sus hermanos le daban, infiriendo de ahí que él no moriría: *El Señor no dijo: No morirá; sino, si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿que te importa?* Este razonamiento será todavia mas fuerte contra la opinion de que acaba de hablarse, si se supone con algunos críticos (3) que el último capítulo de S. Juan fué escrito por la Iglesia de Efeso despues de la muerte del apóstol, para hacer conocer que cosa fué la que dió motivo al rumor que corria de que no moriría S. Juan, y para refutar las consecuencias que de ahí sacaban.

Otros intérpretes (4) sostienen que en el pasaje de que se habla, Jesucristo simplemente quiso denotar, que no moriría S. Juan ántes que Dios hiciera brillar su venganza contra los Judios que crucificaron al Salvador. En este mismo sentido explican otros (5) estas palabras del Salvador: *Hay aquí algunos de aquellos que no gustarán la muerte sin que hayan visto al Hijo del*

(1) Matth. xvi. 28.—(2) Aug. serm. 253. nov. edit. n. 4. Hanc opinionem que putatur Joannes non moriturus, abstulit Joannes ipse consequentibus verbis suis; et sic hoc creditur, ait: Non hoc dixit Dominus, sed dixit hoc, etc. Et tract. 124. in Joan. n. 1. Hanc opinionem Joannes ipse abstulit, non hoc dixisse Dominum aperta contradictione declarat, etc. Vide et Ephem. Antioch. supra citat. apud Phot. Cod. 229.—(3) Vide Grot. ad Joan. xx. ult.—(4) Theophyl. D. Thom. Tolet. Ribet. Vatab. Grot. Ligfoot.—(5) Hamm. Jac. Capell. Le Clerc sobre San Mateo, xvi. 27. 28.

V.
Refutacion
de los argu-
mentos que
se proponen
para probar
que S. Juan
no murió.

hombre venir en su reino (1). En efecto, en el Nuevo Testamento la venida del Hijo del hombre y su reino algunas veces parece que denotan el tiempo de la venganza que él ha de ejecutar contra Jerusalem (2). Y la continuacion de este discurso nos hara creer que así entendia el Salvador el texto que acabamos de citar: porque despues de haber dicho (3): *El Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entónces dará á cada uno segun sus obras*; añade: *Algunos hoy aquí que no gustarán la muerte sin haber visto venir al Hijo del hombre en su reino*. Y en otro lugar (4) hablando á los sacerdotes y á los senadores de los Judíos, les dice que no verán mas al Hijo del hombre, sino cuando vendrá sobre las nubes del cielo, y aparecerá sentado á la diestra de su Padre; lo cual algunos entienden tambien de la ruina de Jerusalem y de la dispersion de los Judíos.

El maná en forma de harina, que parecia brotar y salir como impelido del interior de su sepulcro hacia fuera, ese polvo de que habla S. Agustin despues de otras personas muy graves, y que se veia todavia en el sexto y octavo siglo, contribuyó mucho sin duda para hacer creer que S. Juan aun estaba en vida. Las actas falsas de S. Juan, y los libros apócrifos que refieren el modo milagroso en que todavia vivo descendió á su sepulcro (5), tambien sirvieron para afirmar á los pueblos en esta creencia. Pero finalmente la cosa debe examinarse en sí misma. Las actas que corrian nunca tuvieron autoridad en la Iglesia: su antigüedad nada vale: el haber sido forjadas por los ebionitas ó por los encratitas del siglo segundo de la Iglesia, les basta para ser falsas, apócrifas é indignas de toda fe.

Yo veo que los autores de esos escritos tenian mucho gusto en adornar y ensalzar con rasgos fabulosos las acciones muy verdaderas de la historia de S. Juan: la substancia de esas actas no era falsa, sino solamente las circunstancias. La muerte pues de S. Juan es á la que han acomodado sus ficciones; y sobre su descenso al sepulcro han forjado su romance. Despojemos su historia de esas circunstancias que han añadido, y no quedará otra cosa sino que S. Juan murió de mucha edad y de pura falta de fuerzas; de manera que se hizo casi insensible su tránsito de la vida á la muerte, y así en alguna manera viviendo descendió al sepulcro.

En cuanto al polvo que salia de este, prueba dos cosas: lo 1.º que se creia que el cuerpo del santo apóstol todavia estaba allí; y por consiguiente que ni habia resucitado, ni estaba en el cielo, ni habia sido transportado con Elias y Henoc á un lugar desconocido á los mortales; y lo 2.º que aun estaba vivo y respiraba; lo que es sobre toda verisimilitud y contrario á toda razon. Si estaba vivo seiscientos ú ochocientos años despues de haber descendido al sepulcro, ¿qué se ha hecho el dia de hoy? ¿Murió despues de ese tiempo? ¿De qué manera podrá vivir un hombre bajo la tierra siglos enteros sin alimentos, sin luz y sin aire! ¿Y si está vivo, por qué no lo sacan de allí?

(1) *Matth. xvi. 28.*—(2) *Matth. viii. 11. xi. 7. Luc. xix. 11. 12. 15. etc.*—(3) *Matth. xvi. 27. Marc. xvi. 64. Marc. xiv. 62.*—(4) *Aug. tract. 124. in Joan. n. 2.*

¿Mas responderán que este es un hecho; que salia de su sepulcro una especie de tierra ó de maná que hacia muchos milagros. Yo convengo en que la tierra ó el polvo tomado de sobre su sepulcro ó de algun lugar cercano habrá sanado muchas enfermedades; Dios puede recompensar con semejantes gracias la fe de los fieles; cuántas curaciones de estas vemos obradas por el polvo tomado de sobre los sepulcros de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo y de otros santos! Lo que se dice de que parecia ser ese polvo impelido hacia fuera del sepulcro, como por la respiracion de un hombre dormido (1), es mas difícil de concebirse: pero convendria haber considerado el lugar y las otras circunstancias, para asegurarse que no habia en eso ninguna causa natural. Y aun cuando allí se conociese milagro, ¿no podria decirse con S. Agustin (2) que Dios lo ejecutaba para honrar con él la muerte de S. Juan, ó por alguna otra causa que no sabemos?

Por lo que toca al lugar del Apocalipsis (3), en que se fundan para probar que S. Juan debe venir antes del fin del mundo, para anunciar á Jesucristo ante muchos pueblos, naciones y reyes, opinion que parece haber adoptado S. Gregorio Nacianceno (4); si ese texto debe entenderse de S. Juan, lo que se examinará en otro lugar (5), puede decirse que en ese sentido la profecía está ya verificada con el mismo evangelio de este apóstol y con su Apocalipsis, que han sido anunciados á todos los pueblos del mundo, y por cuyo medio todavia profetiza el dia de hoy este apóstol, y anuncia el nombre del Señor á todo el mundo, á los reyes, á los pueblos, y á diferentes naciones. El mismo S. Juan creia tan poco que él debiera ser del número de los predicadores que habian de combatir al Anticristo, y de los testigos que debian dar su vida por Jesucristo, que solo señala dos testigos (6) que se creen ser Henoc y Elias.

La promesa que le hizo el Hijo de Dios de darle de beber su cáliz (7), se verificó según los padres é intérpretes, cuando lo metieron en una caldera de aceite hirviendo, y cuando fue desterrado á la isla de Pátmos: toda su vida fué una especie de martirio continuo por los trabajos apóstólicos que emprendió. Lo que se dice de no haber visto nadie sus reliquias, es una prueba muy débil. ¿Cuántos otros santos hay, cuyos cuerpos nunca se han desenterrado, y cuyo sepulcro está desconocido! Se hace mencion (8) de haber habido en otro tiempo en una iglesia de Milan reliquias de S. Juan, que se creia haberlas enviado allá S. Ambrosio. Las pruebas de congruencia en una materia como esta tienen muy poco valor. De esa clase se pueden presentar muchas para probar que murió, así como se presentan para mostrar que aun vive.

(1) *Aug. tract. 124. n. 2. Non defunctum, sed defuncto simul cubuisse, ut cum mortuus parietur, sepultum fuisse dormientem, et donec Christus veniat sic manere, utaque vitam scaturigine pulveris indicere, qui pulvis creditur, ut ob imo ad superficiem tumuli ascendat, statim quiescentis impelli.* (2) *Aug. tract. 124. in Joan. n. 3. Restat ut si vere ibi sit, quod sperat fama de terra que subinde oblata succrescit, aut ideo stat, ut eo modo commendatur pretiosa mors ejus, quantum non cum commendatitium martyrium, aut propter aliquid aliud quod non latet.*—(3) *Apoc. x. 11.*—(4) *Nozian. serm. 34. Vide sup.*—(5) Véase la *Disertacion sobre los siete ediles de la Iglesia, al principio del Apocalipsis, tom. xxiv.*—(6) *Apoc. xi. 3.*—(7) *Matth. xx. 22. 23. Marc. x. 38. 39.*—(8) *Holland. 3. maii, p. 364.*

¿Pero qué género de vida se le concede! En un sepulcro bajo la tierra, entre el polvo y en las tinieblas. S. Gerónimo (1) nos enseña que en los últimos años de su vida, S. Juan ya casi no podía ni sostenerse ni hablar; que estaba obligado á ser sostenido por debajo de sus brazos para ir á la iglesia, donde continuamente repetía á sus discípulos estas palabras: *Hijos míos, amaos unos á otros.* Se rejuveneció despues de ese tiempo, y pudo llevar una vida agradable quien á la edad de noventa años sentía tanto el peso de su vejez!

VI.
Testimonios
que prueban
que S. Juan
murió. Refu-
tacion de los
testimonios
opuestos.

A los testimonios de los autores que se nos han citado, para apoyar la opinion que niega la muerte de S. Juan, oponemos la autoridad de los padres mas antiguos de la Iglesia, de S. Ireneo, Policrates, S. Policarpo, Origenes, el concilio efesino, Eusebio, Tertuliano, S. Agustin, S. Gerónimo, S. Epifanio, S. Juan Crisóstomo, S. Cirilo de Alejandría, y de otros muchos que nos dicen que murió, y que fué enterrado en Efeso. S. Ireneo (2) dice que vivió hasta el imperio de Trajano; luego lo creía muerto despues de ese tiempo. Policrates, obispo de Efeso, citado por Eusebio (3), dice que ese santo espera en Efeso, donde está enterrado, la resurreccion general. Eusebio fija su muerte en el año tercero de Trajano. S. Gerónimo (4) dice que murió sesenta y ocho años despues de la pasion del Salvador. S. Epifanio (5) enseña que tenía entonces noventa y cuatro años. La Crónica de Alejandría asienta que murió de cien años y siete meses, el año 104 de Jesucristo. S. Gerónimo nos afirma que su sepulcro estaba cerca de la ciudad de Efeso; y nota que en la misma se veía tambien el sepulcro de otro Juan, á quienes algunos atribuian las dos últimas epístolas de nuestro apóstol (6).

Esto basta para echar por tierra lo que ántes se nos ha referido del mismo S. Gerónimo en su primer libro contra Joviniano, en el que dice que la virginidad no muere, y que el sueño de S. Juan es mas bien un tránsito que una muerte.

S. Juan Crisóstomo (7), expresamente reconoce que ese apóstol murió; y habla de su sepulcro como de los de S. Pedro y de S. Pablo. S. Cirilo Alejandrino (8) refuta la opinion que afirma haber habido algunos apóstoles que no morirán hasta el día del juicio. Antes tenemos ya visto cuán distante estaba S. Agustin de esa opinion, y cómo refuta á los que inferían la inmortalidad de San Juan del texto del mismo Evangelio.

Tertuliano (9) dice expresamente que murió, y que la esperanza que él habia concebido de permanecer hasta la segunda venida del Señor, quedó frustrada. S. Ambrosio (10) confiesa que se habia sospechado que no habia de morir; pero que nunca se habia creído como cierto, *Joanni promissum asistatum, sed non est creditum.* El papa Celestino (11), escribiendo á los padres del concilio efesino, los exhorta á seguir las instrucciones de S. Juan, cuyas sagradas reliquias tenían á la vista: *Cujus reliquias praesentes veneramini.* El concilio en cuerpo

(1) Hieron. in ep. ad Galat. — (2) Iren. l. ii. c. 39. et apud Euseb. l. iii. c. 3. — (3) Policrat. apud Euseb. l. v. c. 24. Hist. eccl. et l. iii. c. 31. — (4) Her. de Viris Illustr. et l. i. contra Jovinian. — (5) Epiphani. horres. 51. — (6) Vide Hieron. de Viris Illustr. — (7) Chrysost. in ep. ad Hebr. hom. 26. — (8) Cyrill. divers. hom. t. 5. p. 367. — (9) Tertull. l. de Anima. c. 50. Obiit et Joannes, quem in aduentum Domini fuisse remansurum falsis fuerat spes. — (10) Ambros. de Fide resurrect. n. 49. — (11) Vide act. concil. Ephe. tom. 3.

reconoció que S. Juan estaba entonces en Efeso, y como estaba allí sino sepultado! Los Orientales que vinieron á ese concilio, se quejaban de que se les habia impedido ir á besar los sepulcros de los santos mártires, y en particular el de S. Juan evangelista. En todas las actas del concilio y en todos los discursos que allí se pronunciaron, no se notó ni un solo vestigio de la opinion popular que está por la supervivencia de S. Juan. Luego debe concluirse que los obispos nada de eso creían, y que la dicha opinion ningun provecho habia logrado entre los sabios y personas ilustradas.

Origenes (1) dice expresamente que murió en Efeso. Se cita un pasaje de S. Policarpo (2), discípulo de S. Juan, en el cual avanza que murió no por el martirio, sino despues de haber sufrido trabajos y destierros. S. Dionisio Alejandrino pone su sepulcro en Efeso (3). El verdadero S. Hipólito (4) lo une con Isaías, Jeremías y Daniel, diciendo de todos igualmente que *murieron con ó como Jesucristo, y vivirán con él en el cielo.* A estas autoridades pueden añadirse las de Teodoro de Heraclea y de Teodoro mopsuesteno, citados en la Cadena griega sobre S. Juan, las de S. Gregorio el Grande homilia 25, de Leoncio, de Beda, de Teofilacto, de Eutimio, del abad Ruperto, de Haimon, y de casi todos los comentadores antiguos y modernos que han escrito sobre el último capítulo de S. Juan.

He aquí un sufficientísimo número de testimonios, y tales que son irrecusables; testimonios expresos y positivos, sacados de obras auténticas, y de un tiempo nada sospechoso, y las mas de ellas son de la mas sana y venerable antigüedad. No son pasajes inconexos ni declamaciones, sino pruebas históricas de hecho, muy diferentes de las que en contra se nos han opuesto, de las cuales las mas son recusables, ya por las circunstancias de quienes las alegan, y ya por el modo obscuro en que hablan.

En efecto, los mas de los autores que se nos oponen como defensores de que no ha muerto S. Juan, no se expresan con tanta claridad, que se les deba creer; y cuando se les examina de cerca, se ve que no dicen cosa alguna en contra, digna de consideracion. Por ejemplo, los prefacios que se leen en las antiguas Biblias latinas al principio del Evangelio y del Apocalipsis, el uno bajo el nombre de S. Gerónimo, y el otro bajo el de Gilberto, no dicen sino que S. Juan, conociéndose cercano á su última hora, llamó á sus discípulos, y despues de haberlos exhortado á la perseverancia, hizo que le abrieran su sepulcro, á donde bajó, hizo oracion, y entregó dulcemente su espíritu á Dios, sin sentir los dolores de la muerte: *Descendens in defossam sepulchrae suae locum, facta oratione, positus est ad patres suos, tam liber á dolore mortis, quam á corruptione carnis invenitur alienus.*

Smaragdo, abad de S. Miguel, que vivía en el siglo nono, y que compuso una especie de cadena sacada de los padres sobre las epístolas y e angelios del año (5); refiere las mismas palabras, y dice que así lo halló notado en los monumentos de los padres: *Sic in Patrum litteris invenimus: Cum longo confectus senio, &c.* He aquí cual era la

(1) Orig. apud Euseb. lib. c. 1. — (2) Vide ad Florentin. p. 124. — (3) Apud Euseb. Hist. eccl. lib. vii. c. 25. — (4) Hippolyt. de Antichristo, p. 41. — (5) Smaragd. Collection. in evang. et ep. in Nateli. S. Joan. Evang. fol. 11. Edit. Argentorat. Georg. Ulriccker. an. M. D. LXXVI.

opinion del siglo octavo y nono. Esos antiguos no creían que S. Juan hubiera dejado de morir, sino simplemente que en recompensa de su inviolable virginidad, Dios le había concedido en una edad muy avanzada, una muerte feliz sin incomodidad y sin dolor. Hemos visto el hilo de esta tradición no interrumpida en los comentadores griegos y latinos que ha habido hasta aquí.

Debe pues concluirse que la opinion que sostiene no haber muerto S. Juan ó haber ya resucitado, no está apoyada sobre algun fundamento sólido, y que ni los antiguos ni los modernos escritores, á excepcion de un pequenísimo número, la han mirado como opinion popular indigna de fe; y es en vano que quiera llamarse á su favor á la Iglesia latina, pues nunca la adoptó. Por lo que toca á los Griegos, sin dificultad los abandonaremos, porque desde su cisma han caído en tal ignorancia, errores y supersticiones que los ha puesto bien distantes de la piedad é ilustracion de sus antepasados.

DISERTACION

SOBRE

LOS EVANGELIOS APÓCRIFOS.

I.
Origen de
los evange-
lios apócri-
fos.

SAN Lúcas en el principio de su evangelio nos enseña que muchos ántes de él habían emprendido dar la historia de las cosas que pasaron en el origen del cristianismo; pero como probablemente los mas de esos escritores eran ó muy concisos, ó muy difusos, ó no muy exactos, se creyó este evangelista obligado á componer una relacion mejor; para desacreditar esos escritos tan defectuosos. Lo consiguió ciertamente, y lo que escribió se ha reconocido inspirado de Dios: los cuatro verdaderos evangelios, á saber, el de S. Mateo, de S. Marcos de S. Lúcas, y últimamente el de S. Juan, siendo los únicos aprobados por los apóstoles, y recibidos por las principales iglesias, han hecho que los demas cayeran en desprecio; y aun se duda si el día de hoy quedan algunos de los que se escribieron ántes de S. Lúcas.

Peró el padre de la mentira que ha suscitado falsos cristos, falsos profetas y falsos obradores de milagros, para desacreditar á Jesucristo y sus prodigios, suscitó tambien impostores que corrompieran las verdaderas Escrituras, ó que compusieran otras falsas, para disminuir la autoridad de las que eran obra del Espíritu Santo, y que contenian la palabra de vida y la revelacion de las verdades eternas. Lo que hay en esto mas admirable es, que hombres piadosos, pero poco instruidos, emprendieran por un pésimo ejemplo forjar obras que creían podian ser útiles á la religion, y con

un engaño piadoso quisieron atraer á su partido á los Judios ó á los paganos incrédulos, proponiendo á los primeros los libros con el nombre de autores célebres de su nacion, como Esdras, Santiago, ú otros; y á los segundos, versos de las sibilas y oráculos tan favorables al cristianismo, que si hubieran sido ciertos, nadie habria podido resistir á su autoridad y á su evidencia.

Con semejantes escritos dañaban á la religion mas de lo que pensaban; porque mezclando en sus obras la verdad con la mentira, y lo cierto con lo dudoso, daban sin advertirlo á sus enemigos armas para atacar las verdaderas Escrituras, y los enseñaban á forjar á su vez escritos con la capa de nombres respetables y antiguos, totalmente contrarios á nuestros principios y á la verdad de nuestras Escrituras. Celso, Porfirio y Juliano Apóstata, no dejaron de prevalerse de este camino que se les habia abierto; y tambien nuestros incrédulos el día de hoy, para destruir la verdad de la religion, y la autenticidad de nuestros libros santos.

Los padres han conocido muy bien los perniciosos efectos de esta libertad; y esto es lo que los ha hecho tan religiosos en conservar los sagrados libros, y tan circunspectos para no recibir mas que los verdaderos y auténticos. Esto es lo que por muchísimo tiempo contuvo á muchas Iglesias, para no querer admitir ciertos libros de la Escritura; porque veian que otras dudaban de ellos; y esto es en fin lo que obligó á los concilios y santos padres á dar frecuentisimamente los catálogos de los libros sagrados, y á refutar, condenar y suprimir con tanto cuidado los que la malicia de los hereges ó una reprehensible simplicidad de algunos cristianos habian querido introducirá la sombra de los grandes nombres de los apóstoles ó de los antiguos discipulos del Salvador.

Los fieles el día de hoy están bastante instruidos sobre lo relativo á los libros apócrifos, y no sabemos que haya alguno que se empeñe en defenderlos. Cayeron en el desprecio y en la obscuridad, y quedaron tan aniquilados que apenas hay quien los conozca. No permita Dios que volvamos á darles crédito; pero pues no hay inconveniente en darlos á conocer, podemos muy bien presentarlos á las claras, para hacerles perder todo el vano aprecio que su rareza podría tal vez haberles grangeado en ciertos espiritus desconfiados; que creen que se pretende ocultarlos por cuanto no hay fuerza para combatirlos. Consgo llevan caracteres tan visibles de su falsedad y suposicion, que basta abrirlos para despreciarlos.

He aquí la lista de los Evangelios falsos de que tenemos conocimiento, y que se hallan notados en los padres. Algunos de ellos todavia existen; otros enteramente se han perdido.

- | | | |
|---|---|--|
| <ol style="list-style-type: none"> 1. El evangelio segun los Hebreos. 2. Segun los Nazareos. 3. El de los doce apóstoles. 4. El de S. Pedro. 5. Segun los Egipcios. 6. El del nacimiento de la santa Virgen. Se halla en latin. 7. El Proto-evangelio de Santiago. Está en griego y en latin. 8. El evangelio de la infancia del Salvador. Está en griego y en árabe. | } | <p>Estos cuatro evangelios son verisimilmente los mismos con diferentes titulos.</p> |
|---|---|--|

II.
Lista de los
evangelios a-
pócrifos que
conocemos.